



y á otros con su espada, captándose de esta manera el amor de sus vasallos. Pero más que su gobierno y su condicion afable, le hicieron bien quisto las muchas mercedes que de agradecido otorgó á sus vasallos, y que hechas con una prodigalidad excesiva, contribuyeron al aniquilamiento de la monarquía. Nada sirvió que conociendo él esto mismo, ordenase en su testamento que sólo disfrutasen estas mercedes, que han venido en llamarse *enriqueñas*, aquellos á quienes se concedieron y los descendientes de éstos en línea recta, volviendo en otro caso esas rentas á la corona. Tanto cuanto los reinados de Sancho el Bravo, de Alfonso XI y de D. Pedro habian sido fuertes contra la nobleza descontentadiza y alborotadora, tanto el de D. Enrique II el bastardo ó de las Mercedes, y los de los reyes que le sucedieron, fueron débiles y condescendientes, hasta el punto de sobreponerse á la autoridad real.

D. Juan, siguiendo los consejos de su padre, ratificó la alianza con la Francia, lo cual avivó el resentimiento inglés para hacer que el duque de Alencaster renovase sus pretensiones á la corona de Castilla, como lo verificó uniéndose al portugués. Terminóse esta guerra por enlaces proyectados, que nunca llegaron á realizarse, de doña Beatriz, hija del portugués, con los hijos del rey de Castilla; hasta que habiendo muerto desgraciadamente doña Leonor de Aragon, mujer de D. Juan I, contrajo éste matrimonio con dicha doña Beatriz, la prometida á su hijo, estipulándose: «que muriendo sin hijo varon el rey de Portugal, heredaria doña Beatriz; mas reservándose el gobierno del estado la reina viuda, su madre, hasta que Beatriz tuviese un hijo ó hija de catorce años.» Á los pocos meses de este matrimonio falleció el rey de Portugal, y esa nacion, rival siempre de la castellana, se negó á reconocer á doña Beatriz.

Don Juan quiso hacer valer los derechos de su mujer, y despues de una primera invasion desgraciada por la peste que diezmo considerablemente el ejército castellano, hizo una segunda, en la que encontrándose los dos ejércitos cerca de Aljubarrota, quedaron en el campo diez mil valientes castellanos, pereciendo entre

ellos la flor de la nobleza. Alentado con esta derrota el duque de Alencaster, renovó sus pretensiones á la corona de Castilla. Terminaron estas querellas por medio del matrimonio del infante heredero D. Enrique, con doña Catalina, hija del duque de Alencaster, empezándose á usar desde entónces el título de príncipe de Asturias dado al inmediato sucesor á la corona. D. Juan disfrutó bien poco del beneficio de la paz, porque á los treinta y tres años dió una caida de un caballo, de que murió.

Once años tenía Enrique III el Doliente, ó el Enfermo, cuando murió su padre D. Juan. Quedó bajo la direccion y gobierno de una multitud de tutores, nombrados por su padre en su última disposicion. Todos eran poderosos, todos querian ser absolutos, y con esto se da bastante á conocer que la menor edad del nuevo soberano no estuvo exenta de las agitaciones que han hecho siempre tan odiosas las minoridades. Llegado á los catorce años, hizo proclamar su mayoría en las Cortes de Búrgos (1393), declarando con entereza y energía, que desde aquel punto cesaban las funciones de los que con la máscara de tutores y gobernadores sólo habian procurado encumbrarse y aumentar sus riquezas sobre la ruina y la miseria de los pueblos. Su primer cuidado fué asegurar la paz á sus vasallos y hacerla con los moros granadinos, dedicándose no ménos á llenar el vacío grande del erario, ya reduciéndose él á vivir estrechamente como un caballero particular, y ya anulando muchas de las mercedes *enriqueñas*, impidiendo á los señores enriquecerse á costa de la corona. Pero desgraciadamente sus achaques habituales le condujeron al sepulcro en edad temprana.

No teniendo sino veintidos meses D. Juan II cuando murió su padre, quedaron depositadas la autoridad real y la tutela en doña Catalina su madre y en su tío el infante D. Fernando, llamado el de Antequera, príncipe íntegro, valiente y único para aquellas circunstancias. Á pesar de haber renunciado generosamente la corona de Castilla, que le ofrecieron algunos genios revoltosos, no se libró de la envidia y la maledicencia. Pero no se quebró por eso la buena armonía entre los dos co-regentes. Se



creyó oportuna la division prevenida por el rey difunto, y encargándose la reina viuda de Castilla la Vieja, él tomó la Nueva y las Andalucías. Allí derrotó en varios encuentros á los moros y se apoderó de la importante plaza de Antequera. Llamado al trono de Aragon, hubo de abandonar á Castilla, aunque sin descuidar los intereses de su menor; pero su temprana muerte, así como la de la reina madre dos años despues, dejaron expuesto á D. Juan II á las borrascas que se levantaron inmediatamente.

Don Juan II, haciéndose declarar mayor de edad á los trece años, hubo de ponerse al frente del gobierno, y lo hizo bajo la direccion de D. Álvaro de Luna, criado en su compañía, y que reunia á la confianza del rey todas las dotes de un buen ministro. Su elevacion y su ambicion insaciabiles suscitaron la envidia y el encono de aquellas personas que se habian propuesto medrar con la debilidad del rey, formando una secreta conjuracion para perder al favorito. De suerte que, fuera de la batalla de la Higuera, ganada contra los moros de Granada, el suceso más importante, y puede decirse que el único, del reinado de D. Juan II, fué la lucha de la nobleza contra D. Álvaro de Luna.

Los personajes que más figuraron como enemigos de D. Álvaro, fueron el condestable y maestre de Santiago D. Enrique, hijo de don Fernando el de Antequera; su hermano D. Juan, el de Navarra; el príncipe heredero D. Enrique; D. Juan Pacheco, marqués de Villena, y su hermano D. Pedro Giron, maestre de Calatrava. Despues de la batalla de Olmedo, en que salió herido el infante D. Enrique y quedaron prisioneros bastantes nobles y vencedor el rey, y despues de una muy vária fortuna, en que unas veces triunfó D. Álvaro de sus enemigos y otras fué desterrado por intrigas de ellos mismos, sucedió últimamente que el matrimonio del rey con doña Isabel de Portugal fué la ruina de D. Álvaro de Luna. D. Álvaro fué preso, entregado de orden del rey á un consejero, que le juzgó precipitadamente, condenándole á perder la cabeza en el cadalso en la ciudad de Valladolid, como se verificó. El rey,

abatido de tristeza y de pesar por el orgullo y la insolencia de los grandes, murió á los tres meses del suplicio de su favorito.

Con Enrique IV el Impotente, hijo de Juan II, se cierra el período de la historia de la edad media en la monarquía de Castilla. La nobleza continuó en este reinado siendo un obstáculo al poder real, excediéndose como nunca, si bien es verdad que los escándalos de la corte por una parte, y la debilidad del rey por otra, dieron pretexto á esos excesos. Como quiera que sea, capitaneada la nobleza por el arzobispo de Toledo Carrillo, por el marqués de Villena, el de Santillana, el maestre de Calatrava y los condes de Haro, Alba y Benavente, se negó á reconocer por infanta sucesora al trono á doña Juana, llamada por apodo la Beltraneja, por su ponerla la voz pública hija de D. Beltran de la Cueva, maestre de Santiago y mayordomo de la casa real, proclamando á D. Alfonso, hermano del rey y de doña Isabel (la Católica).

La arrogancia de los grandes llegó hasta levantar un tablado en Ávila, colocar en él la efigie de D. Enrique vestido de rey, despojarle una á una de todas las insignias reales, y declararle inhábil para reinar. En su consecuencia, dividiéndose la nacion en dos bandos y apelando á las armas, se dió junto á Olmedo una accion en que cada uno de los dos partidos se atribuyó la victoria. Muerto el infante don Alfonso, ofrecieron el reino los grandes á doña Isabel; pero esta virtuosa señora, que se habia casado con el infante de Aragon D. Fernando, se negó á esta proposicion durante la vida de su hermano. Murió D. Enrique sin otro hecho de armas que haberse recuperado en su reinado la plaza de Gibraltar. Á su muerte, Castilla se declaró por doña Isabel.

Antes de concluir la historia de España durante la edad media, creemos útil hacer un resumen de sus adelantos en la reconquista desde Fernando I. Éste encontró los límites de su monarquía en el Duero y los extendió hasta el Mondego y las sierras del Guadarrama, cuando ya los navarros y catalanes los tenian en el Ebro y los aragoneses en las montañas de Soabarbe. Alfonso VI adelantó los límites de la reconquista hasta el Tajo. Alfonso VII llegó



hasta el Guadiana, mientras Alfonso I el Batallador, rey de Aragon, lo hizo hasta las sierras de Molina. De modo que la batalla de las Navas de Tolosa, ganada por Alfonso VIII, la conquista de las Andalucías por Fernando III el Santo, la de Valencia por Jaime el Conquistador, y la

de Alentejo y los Algarbes por el Portugal, dejaron reducido el poderío de los moros á fines de la edad media á sólo el reino de Granada, cooperando á estos triunfos Aragon, Navarra, Barcelona y Portugal, erigidos en reinos independientes.

continúa en este estado cuando un día... el poder real, extendiéndose como nunca... de la edad media, que los escuderos de la corte... por las leyes... el tribunal del rey por el... de los reyes... Alfonso VIII... Fernando III el Santo... Jaime el Conquistador... Alfonso I el Batallador... de las sierras de Molina... de las Navas de Tolosa... de las Andalucías... de Valencia... de Alentejo y los Algarbes... de Granada... de Aragon... de Navarra... de Barcelona... de Portugal... de España...

de Alentejo y los Algarbes por el Portugal, dejaron reducido el poderío de los moros á fines de la edad media á sólo el reino de Granada, cooperando á estos triunfos Aragon, Navarra, Barcelona y Portugal, erigidos en reinos independientes. Alfonso VIII, Fernando III el Santo, Jaime el Conquistador, Alfonso I el Batallador, rey de Aragon, lo hizo hasta las sierras de Molina. De modo que la batalla de las Navas de Tolosa, ganada por Alfonso VIII, la conquista de las Andalucías por Fernando III el Santo, la de Valencia por Jaime el Conquistador, y la de Alentejo y los Algarbes por el Portugal, dejaron reducido el poderío de los moros á fines de la edad media á sólo el reino de Granada, cooperando á estos triunfos Aragon, Navarra, Barcelona y Portugal, erigidos en reinos independientes.

### CAPÍTULO I

#### Francia desde la muerte de San Luis.—Felipe III.—Felipe IV el Hermoso.

Felipe III, hijo y sucesor de San Luis, consolidó el poder real, reuniendo á los dominios de la corona muchos feudos vacantes, como los condados de Valois y de Chartres. Dió la investidura del ducado de Guiena á Eduardo I, hijo y sucesor de Enrique III de Inglaterra, y casó con Juana, heredera de la corona de Navarra, á su primogénito Felipe, que despues de ser rey de Navarra por la muerte de su suegro, tuvo que luchar con los reyes de Castilla y de Aragon, que tenian tambien pretensiones al mismo reino. Felipe III tuvo una guerra poco afortunada contra el rey Alfonso X de Castilla, que nombró sucesor suyo á su hijo segundo Sanchico, con perjuicio de los descendientes varones de su primogénito Fernando y de la hermana del rey de Francia. Tampoco consiguió conquistar el trono de Aragon para su tercer hijo Carlos de Valois cuando el papa Martin IV excomulgó al rey Pedro III por haber aceptado el reino de Sicilia, que le ofrecieron los sicilianos, sublevados contra Carlos I de Nápoles. Felipe III murió durante la guerra, y le sucedió en el trono de Francia su hijo Felipe IV, llamado el Hermoso, que ya era rey de Navarra.

Felipe el Hermoso era tan hábil y astuto como orgulloso y ambicioso, y no retrocedía ante ningun medio con tal de conseguir su objeto, que era el establecimiento del poder real absoluto sobre las ruinas del régimen feudal. En la lucha que con este motivo sostuvo con los grandes vasallos de la corona y con la Iglesia, holló con sus piés los derechos mejor fundados,

y usando alternativamente de lá astucia y de la violencia, triunfó de todos los obstáculos que se oponian á la realizacion de sus ambiciosas miras. De esta manera dió un golpe fatal á la autoridad temporal que los soberanos pontífices habian ejercido sobre el mundo católico desde el tiempo de Carlo-Magno, y que hasta entonces habia sido reconocida por todos los pueblos cristianos de Occidente.

La rivalidad entre los marinos ingleses y franceses dió lugar á una lucha entre ellos que principió en Bayona, puerto del ducado inglés de Guiena. Los marinos ingleses atacaron y tomaron la Rochela, y entonces Felipe el Hermoso pidió una reparacion á Eduardo I, que no habia tomado parte en esta guerra; le citó ante el tribunal de los Pares, y se celebró un tratado en virtud del cual fué puesta la Guiena en manos del rey de Francia, que se comprometió á devolverla á los cuarenta dias. Citado de nuevo Eduardo I, y como se negase á comparecer, fué declarado culpable de felonía, y Felipe el Hermoso, violando la palabra dada al rey de Inglaterra, confiscó la Guiena y la incorporó á la corona. En seguida volvió sus armas contra Guido de Dampierre, conde de Flándes, despues de haber excitado contra él á los señores flamencos, lo cual movió á Guido á aliarse con el rey de Inglaterra y con Adolfo de Nassau, emperador de Alemania. Vencido Guido en la batalla de Furnes y abandonado por su principal aliado el rey de Inglaterra, que habia hecho la paz con el de Francia, se